

*Exhibe 22* 88

# La Risa



HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



30  
cents

## FIESTA EN EL PUEBLO

—¿Llegaremos a tiempo, gansito?

—¡Quiá! ¡Con ese paso de tortuga que te traes!...



Lea usted la

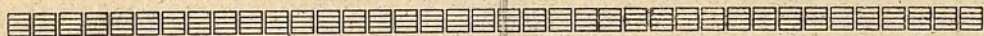
*Biblioteca de*

“*LA RISA*”

(NOVELA SEMANAL)

25

CÉNTIMOS



PRIMER NÚMERO:

Las favoritas, DE ÁLVARO RETANA

SEGUNDO:

La vuelta del marido pródigo, DE FERNANDO LUQUE

TERCERO:

La catalepsia perjudica, DE LUIS ESTESO



SE PUBLICA LOS DOMINGOS



# RESULTADO DEL CONCURSO



El popular y celebrado novelista, que ha obtenido el primer premio de  
**1.500 PESETAS**  
en el concurso de novelas de la BIBLIOTECA DE «LA RISA», con su obra  
**LAS FAVORITAS**  
que aparecerá hoy, día 2 de diciembre, con un prólogo de NICOLÁS DE SALAS.  
PRECIO: 25 CÉNTIMOS



## CONCURSOS DE "LA RISA"

Para dar variedad a esta sección, admitiremos anécdotas graciosas ocurridas a personas conocidas de la antigüedad o contemporáneas, para alternar su publicación con los piropos, en las mismas condiciones que éstos. Para tener opción al premio de DIEZ CINCUENTA PESETAS es condición indispensable que los piropos se ajusten a las «Bases del concurso para caballeros» publicadas en los números 14 y 16 de este semanario. Los PIROPOS deben venir escritos en papel aparte; pero siempre acompañados del cupón.

Los advierten que no deben olvidar los que nos envían PIROPOS para publicar en esta sección:  
Primera. Que el crecidísimo número que diariamente se reciben, obligan a guardar turno para su publicación.  
Segunda. Que la gran cantidad que hay que rechazar por inmorales, injuriosos o por carecer del correspondiente cupón, no puede merecer el honor de contestar a cada autor en la sección de «A vuelta de correo», porque ello agotaría por completo el espacio dedicado a esta correspondencia.

—Negra: ¿Quiere usted mirarme un rato, que me ha recetado el médico los baños de sol?

(Piropo premiado.)

UN FRIOLERO.

## PIROPOS RECIBIDOS

—Morenaza: Con esos ojos debe usted tener más adoradores, que cesantías ha dejado el nuevo régimen. —RAFLES.

—¡Adiós, negra! Brilla usted más que la estrella polar. —UN ASTRÓNOMO.

—Oiga, rubia: Tiene usted unas cejas que parecen cabello de ángel. —UN GOLOSO.

—¡Adiós, castaña! En cuanto llegue el invierno, la aso y me la como. —UN ANTROPÓFAGO.

—Gitana: Tiene usted unos rizos que parecen ondas del mar. —SANSÓN.

—Niña: Tiene usted unos pies que sus zapatos me servirían de dedos. —UN SASTRE.

—Prenda: Por usted soy yo capaz de atracar al Directorio. —UN PISTOLERO.

—Ay, negra: Por qué no traería su mamá a este mundo un par de docenas como usted, haber si así me tocaba alguna. —SANSÓN.

—Niña: Los piropos que ha publicado LA RISA son pocos para alabar su hermosura. —RAFLES.

—Preciosidad: En cuanto levanten el estado de guerra, me la como. —UN HAMBRIENTO.

Son tus ojos dos luceros,  
serrana del alma mía,  
y no sé lo que daría  
por estar al lado de ellos.

P. E. R. I. C. O.

—Serrana: Si fuera usted sardina, me la comía con raspa y fós. —FRANCISCO TORRES.

—Oiga usted, prenda: ¿Desde cuándo dejan ir sola a la Virgen del Carmen. —EL HIJO DE SU MADRE.

—¡Adiós, morucha! ¡Y bendito sea el mango de la herramienta con que construyeron un cuerpo tan fetel! —UN CORNETÍN DE LA FÁBRICA DE ARMAS DE OVIEDO.

—Mi diosa: Hoy va usted más bonita que ayer (y llevo un año diciéndoselo). —CONSTANTE.

—Preciosidad: Una mirada de usted me hace pasar más desazones que si hubiese sido alcalde. —RAFLES.

—Encanto: Por usted me hacía vegetariano. —UN CARNICERO.

—Preciosa: Me permite media mirada para entrar en calor. —UN SORBETE.

—Niña: Dígame a su mamá que la enseñe a quererme. —ANTONIO ROMERO.

—¡Vaya usted con Dios, gitanaza! Maja usted más hombres con sus ojos que en la guerra europea. —PENITAS.

—Vaya encanto de chiquilla: Por poderla conquistar, andaría tantos kilómetros como metros tiene empujados Alemania. —CABELLO-RIZADO.

—Cuerpo patónico: Si me presta usted «su abrigo», soy capaz de permanecer la noche más cruda de invierno a la intemperie, y amenecer en «estado de ebullición». —VALDÉS Y ALONSO (S. en C.)

—Si la rifaran a usted, compraba todas las papeletas. —UN JUGADOR.

—Requetepreciosa: Ech me usted una mirada, que no tengo dinero para hacerme un abrigo este invierno. —P. E. R. I. C. O.

—Morena: ¿Quiere usted decirme a qué hora se entra en su corazón. —ANTONIO ROMERO.



# La Risa

P R E N S A M A D R I D

DIRECTOR: FELIPE MÁRQUEZ

:: :: DOCTOR FOURQUET, 4. :: ::

APARTADO 7.002.—TELÉF. 30-76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS



—¡Nada, que no vuelvo a salir con este caballo! Se espanta de cualquier cosa y me pone frenético. ¡Me hace perder los estribos!

Dibujo de MEL



# NO ABUSEMOS DEL RECLAMO

ENCANTADOS de la vida y de que la temporada teatral comience más brillante que si la hubiesen puesto una instalación eléctrica en el cogote!

Hay exceso de éxitos, y los espectadores de buena fe se ven perplejos por acudir a tantos espectáculos como llaman su atención.

Hoy, el verdadero gran éxito de risa es aquí. Venid y tendréis que desabrocharos. «Aquí se ríe más que en parte alguna. Catorce carcajadas en el primer acto; diez y ocho, en el segundo, y revuelque general, en el tercero.»

Ante estos anuncios y reclamos que la Empresa juzga de una manera definitiva, el ciudadano que quiere pasar una buena no-

che vacila y no sabe por qué teatro decidirse, llegando hasta a tomar informes antes de tomar las localidades.

—Oiga usted, taquillero: ¿es verdad que la obra es tan buena?

—Mejor que un flan de vainilla.

—¿La gente se emociona?

—Más que si tomase parte en un siniestro nocturno. Ya ve usted: anoche hubo que sacar a dos señoras accidentadas del patio de butacas.

—¿Por efecto de la obra?

—Una de ellas. La otra fué porque se apretó demasiado el corsé, y la comida se le hizo una bola que le subía y bajaba a lo largo del tubo digestivo.

—¡Caray, pues eso quiero verlo! Déme-dos butacas.

El individuo aquel llega ufano y satisfecho a su casa, anunciándole a su costilla la feliz nueva.

—¡Vamos al teatro! ¡Ya verás qué bien lo vamos a pasar.

—La obra, ¿es graciosa o triste?

—Mitad y mitad.

—Es decir, que uno de nosotros va a reír y el otro a llorar. A mí ponme en la butaca en que corresponda la alegría, porque para desdichas bastantes tiene uno en casa.

El matrimonio aquel va al teatro atraído por el estrepitoso reclamo que se hizo a la obra, y siente confesar que a la mitad del acto segundo se está aburriendo de tal modo, que hasta tiene sueño.

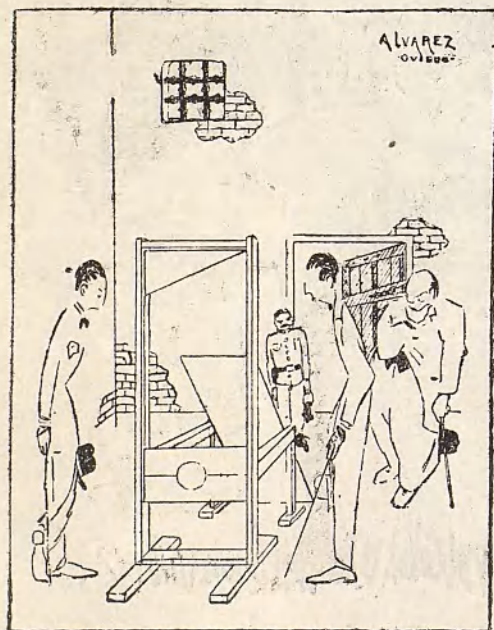
—Oye, Florencio: que has dado una cabezada tan pronunciada, que a poco me metas la cabeza en la concha del apuntador.

—Es que te veo a ti, que te duermes.

—Porque esto es más ronto que mirar a la lista de la Lotería sin haber jugado.

—¡Caray, pues tienes razón! Sólo que yo no me atrevía a confesarlo.

Terminada la representación, marido y



—Oye, ¿qué es esto?

—Yo creo que se trata de un rompecabezas.

Dibujo de ALVAREZ



mujer se ponen sus respectivos abrigos, encaminándose hacia la puerta por el pasillo central con un aire tan triste y dolorido, que dan ganas de acercárseles para consolarlos.

—¡Vaya, no lo tomen ustedes así, que lo representado es sólo mentira y ficción!

Palabras que, en vez de consolar, acaban de enardecer al marido, que, muy indignado, replica:

—Pero, ¿usted se cree que, si fuera de verdad, hubiera yo consentido todas las gansadas que han dicho? Si fuera de veras habría yo saltado al escenario y el hígado del cómico ese me lo llevaba yo a mi casa para que me lo sirvieran con tomate mañana...

Y abrochándose el gabán con furia sale de allí de estampía, arrastrando a su consorte.

Eso tiene de malo el exceso de bombo y el afán de que todas las obras estrenadas sean verdaderos monumentos literarios o nacionales. La gente va de buena fe, creyendo en lo que se le dice, en lo que lee, y al producirse la reacción, no puede contenerse:

—¡Valiente camelo! ¡En esto sí que debería intervenir el Directorio! Yo prefiero que me quiten en el peso del pan doscientos gramos a que me los quiten en la cantidad de gracia que debería tener esta comedia. ¡Y para esto he venido yo hasta con dolor de estómago! Si no fuera por la molestia de la Comisaría, ahora mismo le pegaba dos tortas a uno de los acomodadores para que se las pasara al empresario más tarde.

Desgraciadamente, no es oro todo lo que reluce, y de esto de la brillantez de la tempo-



—¿Cuánto vale este reloj?

—Ocho duros.

(Aparte).—Pide ocho, lo dará en seis; luego valdrá cuatro... ¡Ofreceré dos!

Dibujo de DOLFOS

rada hay que bajar bastante, como puede comprobarse viendo que los llenos no abundan tanto en las salas de espectáculos. ¡Pues buenos están los tiempos para dedicar dinero a la bagatela si ésta no cumple su misión! Es como para morderle en la nuez al que nos lleva engañado diciendo que nos vamos a reír mucho, y luego, para sonreírnos ligeramente, necesitamos que el espectador más inmediato nos haga cosquillas en el cogote.

A. R. BONNAT



## Un drama de treinta céntimos

ESTA mañana, Fulano, ha cogido, como de costumbre, «su» periódico, para averiguar lo que pasa por el mundo, y realizar su cotidiana pulsación en la mano, caliente y trémula de la actualidad.

Fulano, concede gran crédito, un crédito incondicional, a «su» periódico. Si no fuera así, no lo recibiría con tanta fruición, detrás de la puerta, en cucullas, para ver cuando asoma por la ranura. Mientras toma el chocolate, lee, con igual regalo, «su» periódico. Este ancho pliego de papel, oloroso aún a sudor y a sesos, es ese amigo juicioso, bien enterado de todo, amablemente persuasivo, que facilita las digestiones y economiza insospechados esfuerzos en la ruda ocupación de pensar por cuenta propia.

Anoche, Fulano, cohibido por la temperatura inclemente, no asistió al estreno de la obra teatral de Mengano, el comediógrafo que «empieza su carrera con gran brillantez», según rutilante vaciedad de un crítico.

¿Qué dirá el periódico acerca del caso? Fulano, lee con la voraz delectación del que desea enterarse. «La obra estrenada—dice «su» periódico—, fué un fracaso. El público la rechazó cortésmente, volviendo la espalda al escenario para ponerse los abrigos, sin preocuparse de laurel y del estofado del autor, que se que daban tambaleando.» Y Fulano, dolorosamente sorprendido, prescinde, por un momento, de la tostada con manteca, y se decide a reflexionar:

—Esto no puede ser. Mengano, es un escritor de positivo, de «sólido» talento. ¿Cómo ha podido equivocarse así, rotundamente?

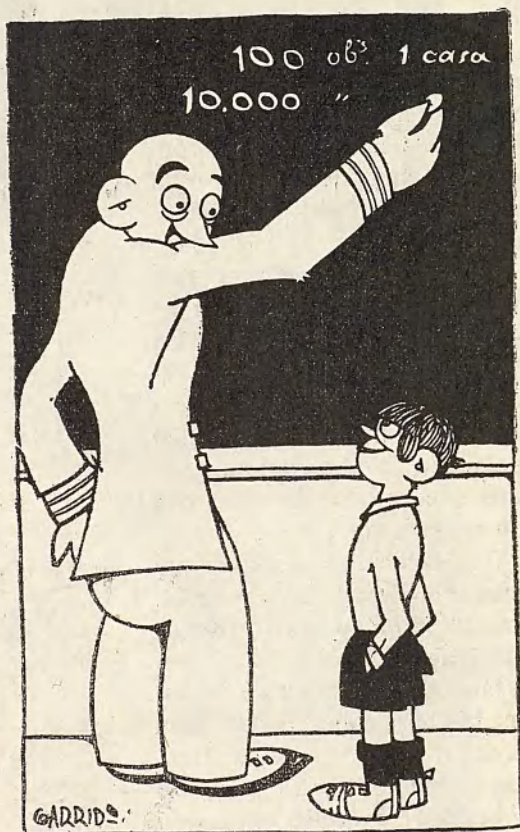
Y llama a la fórmula.

—Cirila; acércate a la esquina y tráete tal periódico.

La otra hoja impresa que le traen, a Fulano, es digna, asimismo, de toda su confianza.

¡Albricias! Esto ya es otra cosa. La obra estrenada anoche, ha obtenido «un éxito clamoroso». El público, entusiasmado, llamó al autor a escena, infinidad de veces. Mengano, tiene, ante sí, «un porvenir esplendoroso»,

Y Fulano, sonríe, porque comparte la opinión de aquel crítico, no menos eminente que el ante-



—Si cien obreros hacen una casa, ¿diez mil obreros qué harán?

—La huelga general.

Dibujo de GARRIDO

rrior. Se limpia los labios, engulle la copa de leche, y vuelve la hoja.

Pero, ladinamente, sinuosamente, malvadamente, mientras Fulano reanuda la lectura, en su pecho empieza a roer la duda más hambrienta. Es algo sutil, que no cesa; algo corrosivo, que va en aumento. Al principio, Fulano, consigue sustraerse a tan astutas sugerencias; mas, al fin, sucumbe. La duda, de Hamlet, acá, es lo que más enaltece al hombre. ¿Cuál de los dos periódicos que ha leído, dice la verdad? ¿Quién tiene razón, al reseñar el estreno? La obra dramática, ¿ha gustado o no?...



Lacerante peplejidad, cae, como una plaga, sobre el ánimo de Fulano. ¿Qué hacer, qué pensar? «Su» periódico, es imparcial, sesudo; el otro, no goza de menor autoridad entre el público honrado y devoto de la verdad, singularmente, en materia artística. Sin embargo, la contradicción entre uno y otro es evidente. Será preciso, ¡qué, caramba!, apelar al testimonio de un tercero, que haya ganado, a su vez, fama de ecuánime. Fulano, lee, para saber a qué atenerse, y resulta que, leyendo, no sabe a qué atenerse.

Por lo cual, llama de nuevo a la Cirila, y le entrega otra perragorda, que habrá de resolver el conflicto.

Pero, ¡oh, dolor! El crítico del tercer periódico, no dice nada a cerca del estreno. En vano torna y vuelve y soba y agita, Fulano, sus numerosas páginas, atestadas de informaciones de todos los géneros, y de todos los países. No dice nada. Su desesperación, su tristeza, no tienen límites. Ebrio de buena fe, llega a creerse un desventurado, a quien todo el mundo engaña, por el gusto de engañarle. Mientras se gastaba diez céntimos, nada más, para leer a un crítico, era feliz. La verdad impresa, le orientaba, le nutría. Gastándose dos veces dos perras gordas, Fulano, se encuentra con dos verdades distintas. Respetables, sin duda, veraces, desde luego, pero contradictorias. Después, invirtiendo en la duda, una perragorda más, el drama surge naturalmente.

Fulano, se echa a la calle.

—¿Dónde vas?—le pregunta un amigo, viéndole agitado y febril.

—En busca de la verdad—aulla.

El otro, sonríe piadosamente, y sigue a distancia a su amigo. El cual, va dispuesto, sacando monedas del bolsillo y parándose a leer en las esquinas. El drama de los treinta céntimos, no concluye; cada vez exige nuevos dispendios, nuevas perras gordas. Todo el día, Fulano, corre coleccionando diarios de la mañana.

Al fin, se detiene, resollando; el amigo se le acerca, piadoso:

—¿Qué vas a hacer?—le pregunta.

Fulano, amigo de la verdad, solloza:

—Esperar a que salgan los periódicos de la tarde...

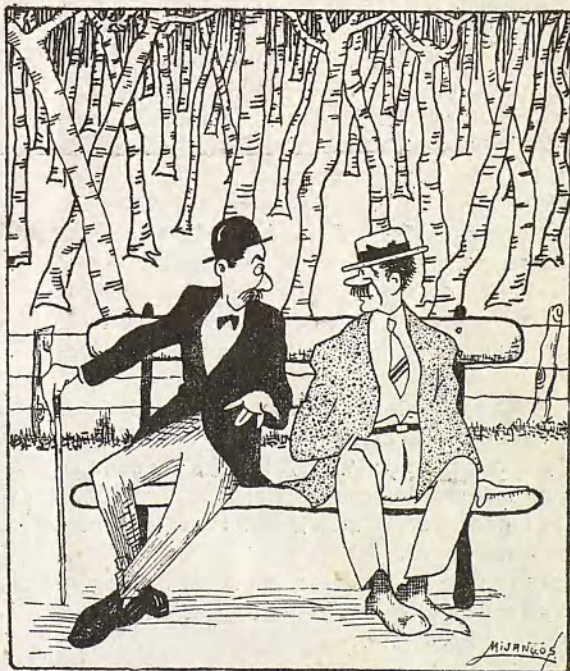
## VANITAS VANITATIS

Yo siempre he aborrecido a esa gentecilla cursi del «quiero y no puedo». Muchas veces me sonrío «unas mias» cuando leo en cualquier diario que «ha contraído matrimonio la encantadora señorita Fulana de Tal...»

Y digo «me sonrío», porque en varias ocasiones de estas he llegado a conocer a esa «encantadora señorita», que resultó ser un guardia de Orden público con velo nupcial y flores de azahar. De ahí el que surgiera en mí la idea de las «asiracanadas» para ridiculizar ese fárrago de camelos sociales que en esta vida perra encontramos a cada paso.

Y viene esto como anillo al dedo para referir a nuestros 50.000 lectores un caso chusco de vanidad ridícula que no ha mucho presencié en Gijón.

Hallábame en el puerto con un mi amigo capitán de la marina mercante, y simultáneamente se nos ocurrió embarcar en un vaporcito remolcador que salía para Luanco. A mi lado sentóse un pasajero joven, de porte y ademán distinguidos, que a las primeras de cambio me ofreció



—No cabe duda que los destinos más descansados se encuentran en los bancos.

E. RAMÍREZ ÁNGEL

Dibujo de MIJANGOS



un cigarrillo egipcio y entabló conmigo amistosa conversación.

—¿Usted no se mareaba, señor?— me interrogó.

—Hasta ahora —le repuse— hice varias travesías y nunca me dió el menor vahído.

—Pues yo he viajado por América y España muchas veces y tampoco sentí los efectos del mareo. Hoy no sé lo que me ocurrirá... ¡Seguramente nada!—dijo muy poseído de sí mismo.

—Si lleva desocupado el estómago tal vez no le ocurra nada; ahora si comió usted recientemente carnes grasas o cocido...

—¿Cocido?—me atajó el gomoso con un mal reprimido orgullo—. Siempre odie esa vulgarísima comida castellana de la que no recuerdo apenas su sabor; he almorzado bien, pero sin exageración, en el Hotel Malet, que es donde me hospedó.

Estando en estas pláticas se puso el barco en marcha; cruzamos el puerto, que estaba como un lago, y al pasar la barra y como había mar de fondo, empezó el vaporcito a dar bandazos de proa a popa y de babor a estribor, y sonríanse ustedes de los columpios del «Tío vivo». Aquella navecilla parecía un saltamontes.

De pronto, el pollo almibarado me miró fijamente, palideció... y se dispuso a soltar «lastre estomacal». Yo, temiéndome una ducha alimenticia nada grata, me separé a una prudencial distancia, y entonces el amigazo abrió su tierno pico, y de primeras soltó sobre cubierta, ¡un celemin de garbanzos en su propio caldo, enteritos y dorados como si acabarían de llegar de Fuentesauco!...

Cuando el jovenzuelo se repuso un tanto de la evacuación forzosa, pronunció unas palabras incoherentes sin levantar la vista del suelo... y de los «gabrieles», y yo, enojado del embuste que acababa de espetarme el gomoso sin duda para humillarme, no me pude contener y le pregunté:

—Dígame, señor: ¿No recuerda usted haber comido cocido castellano alguna vez, allá por el año de gracia de 1912?... Porque sin duda alguna se le había retrasado aquella digestión, y con la fuerza de la marejada han salido ahora los «residuos»...

Aun estoy esperando la respuesta del elegante y presumido «garbanzófobo», que saltó a tierra sin despedirse...

### Curiosidades.

*Los grandes trabajadores.* —Leonardo de Vinci, célebre pintor, recomendaba el estudio y

las bebidas alcohólicas. Hombre de actividad infatigable y propenso a flemones en los codos, jamás podía estar ocioso, ni aun estando de purga.

Nerón decía que el trabajo es absolutamente necesario para conservar el pelo sin caspa; interrumpía el descanso a intervalos y se levantaba a media noche para cebar con nueces al canario. Cuando ya no podía andar, mandaba que le echasen espuelas de cal en la cabeza al acostarse, y cuando se quedó ciego de resultas de un catarro a la vejiga, complacíase en comer chicharrones con cerveza.

Napoleón I no fué menos laborioso y trabajador. Era dibujante, pintor, sonámbulo, camarero, «chauffeur» y quebrado de la derecha, y fué el hombre de más vasta inteligencia y muy aficionado a acompañar cadáveres al cementerio.

La mayor pena de Amilcar Barca cuando se hallaba a las puertas de la muerte gastado por el trabajo y por la erisipela, era que no podía echarse tapas de goma en las alpargatas ni asistirse bajo palio a las becerradas de convite.

Por eso dejó dicho en el testamento, que a todo sacristán que le sorprendiesen comiendo bellotas en misa de once, le sacaran el sebo de los riñones con un azadón y le dieran una credencial de guarda jurado en el Palacio de Comunicaciones.

BLAS-KITO

## SUCEDIDOS

En las postrimerías del gran actor D. Antonio Vico, y trabajando en el Teatro-Circo de Córdoba, llevaba un elenco de compañía algo inferior. Su nombre bastaba para llenar el teatro.

El actor-barba o de carácter, tenía una voz como para asustar a Robespierre, y estando en un ensayo, D. Antonio, exasperado, gritó:

—¡A ver esa voz! ¿De quién es esa voz? ¿De quién es...?

—Señor—interrumpió el aludido—: ¡es una voz de catorce reales!

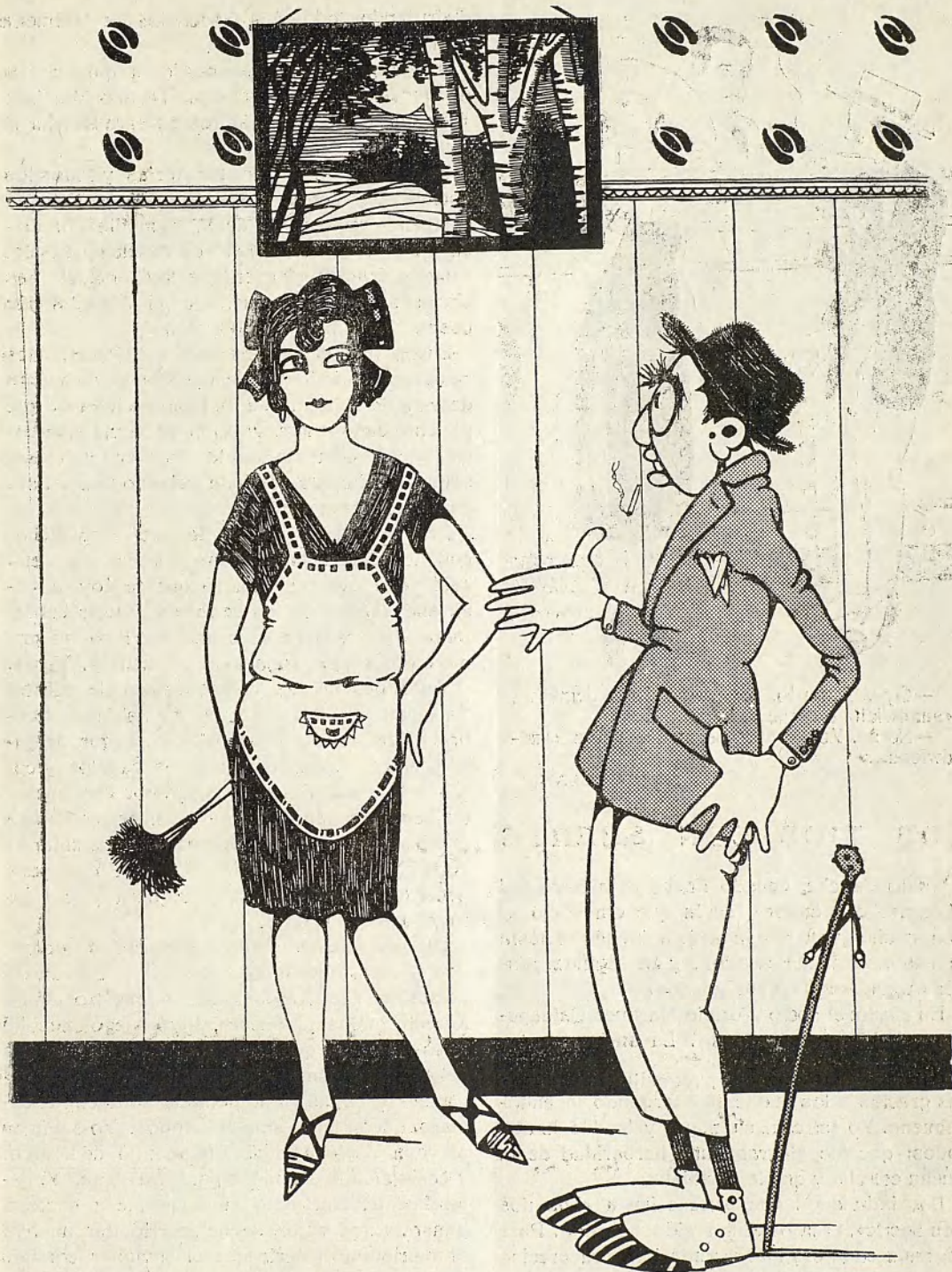
— —

Durante una breve estancia en París del célebre Lagartijo, lo que menos le agradó fué el pasear por los boulevares.

Al volver a la ciudad de los Califas y preguntarle qué opinaba de la ciudad de la Luz, dijo:

—Déjame de París, niño. To er día olivare arriba, olivare abajo.





Limendoux  
XXIII

—¿Que no está en casa? ¡Y yo que me he gastado cuatro pesetas en coche! ¡Si lo llego a saber vengo andando!

Dibujo de LIMENDOUX





—Oye, Eduardo, ¿cómo se dice: deme un «sandwich» o deme una «sandwich?»  
—No sé. Yo siempre digo: deme dos «sandwichs...»

Dibujo de DOLFOS

## LOS TÍOS CON SUERTE

AQUELLA noche, cuando llegué a la Sociedad «Los tíos con suerte», de la que era socio, ví con mucho gusto que la alegría inundaba hasta el más insignificante rincón, y en seguida pensé: «Algún socio ha enviudado».

En efecto: el socio Toribio Martínez Calasparra se había quedado viudo. La suerte le acababa de dar un alegrón.

Allí estaba Calasparra, regocijante y dando las gracias a los que le iban largando la enhorabuena. Yo estreché su mano y le dije lo que todos: que me alegraba una barbaridad de su buena estrella y que le envidiaba.

Los individuos que pertenecían a «Los tíos con suerte», eran o habían sido casados. Para ingresar en la original agrupación, era preciso ser casado y tener locos deseos de enviudar. Aquella Sociedad se había fundado nada más que para reunirse todos los casados que desearan dejar de serlo, y para cuando uno de los socios enviudara, correr una juerga morrocotuda

disfrutando todos los asociados de la buena suerte del viudo.

Así es que cuando transcurrieron quince días de la muerte de la señora de Toribio Martínez Calasparra, se realizó la juerga para festejar al viudo.

Se repartieron las convocatorias y todos los socios nos reunimos, acordando cenar en un estupendo restaurante de la Bombilla con cincuenta y cuatro jovencitas contratadas para ello. Aunque éramos cincuenta y tres socios, iban cincuenta y cuatro nenas, pues el viudo, según costumbre, tenía derecho a dos.

Luego fuimos muchos más asociados, pues se agregaron infinidad de casados que estaban deseando dejar de serlo, [convencidos de que perteneciendo a nuestro club se enviudaba antes, pues teníamos a sueldo unos cuantos asesinos de éxito que nos iban dejando viudos, sin dar lugar a sospechas...]

Pero bueno, lector: todo lo que te he dicho, con no carecer de interés—creo yo—no tiene casi nada que ver con lo que te voy a decir ahora... Porque lo que te voy a decir ahora, ¡ahora, sí!, es cómo y por qué cogí yo mi primera «cogorza», «tajada» o «merluza». Verás.

Antes de comenzar el banquetazo de nuestra Sociedad, uno de los socios que había sido cobrador del tranvía y acababa de llegar del Japón, nos entretuvo contándonos cuentos y cosas de por allá. Entre las cosas nos dijo que en los banquetes japoneses se considera como una prueba de educación y galantería el cambiar la copa con el comensal de al lado. Yo propuse hacer lo mismo en nuestro banquete, y se aceptó la idea con alegría.

Dió comienzo el jolgorio, y nuestros estómagos se fueron llenando con placer... El cambio de copas se realizó como según nuestro amigo lo realizan los japoneses. Pero luego, poco a poco—yo fui el que rompió el hielo, y una luna del establecimiento—imperó el desorden, pues el cambio de copas ya no se hacía solo con el comensal de al lado, sino con todos. Yo bebía en mi copa y dejaba en ella un poquito de líquido, y enseguida la cambiaba por otra llena. Y, naturalmente, con tanto vino empecé a hacer el ganso, y ¡ay! lector, se me ocurrió dar un viva al matrimonio y decir que el enviudar era una desgracia, y... ¡fui expulsado de la Sociedad!

Desde entonces soy un sentimental, y desde entonces me dedico a escribir cosas trágicas, como ésta.

Soy un verdadero desgraciado. Mi mujer—en



cuanto dejé de pertenecer a «Los tíos con suerte» —empezó a mejorar, y ahora se encuentra cada vez mejor, más gorda y más colorada.

Pero confío en quedarme viudo muy pronto: todos los días leo a mi esposa algún verso, y todas las mañanas la saco a pasear, y en cuanto se fijen los perreros en ella... ¡¡me la quitan!!

El día que me la quiten seré feliz.

NICOLÁS DE SALAS

Sevilla, 1923.

## TODO POR UNA PERRA GORDA

LA cosa sucedió en un bar situado en una de las calles que nacen en la Puerta del Sol.

De parte de este suceso puede dar fe un íntimo amigo mío, constante colaborador de esta revista, que me acompañaba aquella mañana.

Entramos mi citado amigo y yo en el referido bar, donde dan hasta las once de la mañana café, leche, agua, azúcar y una ensaimada, todo comprendido por treinta y cinco céntimos, y pedimos cada cual un desayuno.

Una vez ingerida la ensaimada, procedí a beberme el café, y al apurar el líquido, pude observar que del fondo del vaso paría veloz hacia mi boca una moneda de diez céntimos; pero, cuando me quise dar perfecta cuenta, la referida mo-

neda se había deslizado por mi garganta en dirección al estómago. ¡Siempre tuve muy buenas tragaderas!

Escuso decir a ustedes que me quedé de una pieza (de diez céntimos, naturalmente) al ver que empezaba *tomando perras* tan temprano.

Una vez repuesto de la primera impresión, me encaré con el dueño del bar y le dije:

—Por una falta de cuidado y de aseo de ustedes acabo de tragarme una perra grande. Usted comprenderá que esto no puede quedar así. Usted me dirá qué hacemos.

—Pues muy sencillo —respondió el hombre tranquilamente—. Me da usted diez céntimos de su bolsillo, y en paz.

Mi indignación no tuvo límites. Le insulté. Le amenacé con llevar el asunto al Juzgado. En fin, que cogí una *perra* mucho más grande que la que llevaba dentro.

Cómo me pondría de pesado, que los dependientes del bar y algunos parroquianos me tuvieron que empujar hacia la calle, exclamando:

—¡¡Cállese!! ¡Para usted la *perra gorda*!

Comprendiendo que no conseguiría nada práctico opté por marcharme, y al poco tiempo ya no me acordaba de lo sucedido.

Pero a media mañana noté cierta molestia en el estómago. Sin duda, la perra me estaba mordiendo.

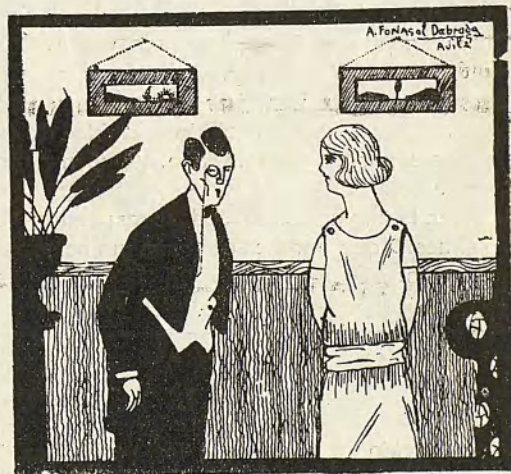


—Sí, chicas; con esto de la ley seca me estoy arruinando.

—¿Comercias con vino?

—No. Soy exportador de paraguas.

Dibujo de GODÍNEZ



—¿Quién era ese que estaba con usted hace un rato? Parece un mico.

—¡Caballero! Es mi hermano.

—¡Oh! No me choca, porque usted es muy mona.

Dibujo de FONASOL



Los dolores fueron aumentando de tal manera, que llegué a alarmarme. Decididamente, preferiría morir en las astas de un cardeno que por los efectos del cardenillo.

Al ver que no cesaban las molestias, me fuí a casa y me metí en la cama.

Una alta fiebre se apoderó de mí, haciéndome delirar como un imbécil.

Me figuraba yo difunto y que los periódicos daban cuenta de mi muerte encabezando la relación del suceso con grandes letras, que decían: «Un hombre muerto por diez céntimos».

Aquello, la verdad, no me agradaba, porque más bien parecía el epígrafe de un crimen por el interés o de unas coplas callejeras.

Vino el médico, el cual acudió a todos los medios para hacerme soltar la perra. Me purgué, tomé vomitivos, la llamó el doctor silbando. Todo en vano.

En vista de ello, se vió precisado el galeno a sacármela con unos alicates por un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme.

Tan pronto como pude andar y salir a la calle, me dirigí al bar de la ocurrencia.

Sin dar siquiera los buenos días, me encaré con el dueño y le espeté:

—Me conoce usted, ¿verdad? Yo soy el que por una imprudencia de ustedes se tragó una moneda de diez céntimos que contenía el café que me sirvieron. Pues bien; a causa de esto he estado llamando con los nudillos a las puertas de la muerte. Por culpa de todos ustedes he sufrido agudísimos dolores, he tenido una fiebre más alta que *El Caballero Audaz*; por ustedes me llaman en la vecindad «máquina tragaperras», y, por último, ha habido necesidad de extraérmela por el alcantarillado. ¿Qué me dice usted ahora?

Y con la mayor naturalidad me respondió:

—Pues... que por diez céntimos no se puede pedir más.

ISIDRO THOMÉ.

## UN TEMA VIEJO Y UNA LIGA NUEVA

Lo he leído en casi todos los periódicos de Madrid. Y veo en el telegrama de Nueva-York, los rotativos insertan que los norteamericanos, si van bien a la cabeza de las demás naciones, se preocupan ahora de un asunto que en España ha pasado ya de moda, y que ningún articulista se atreve ya a tocar

Claro está que, siendo en Norteamérica, no

podía menos de suceder que la cosa tomase unos vuelos fantásticos y unas derivaciones verdaderamente humorísticas.

Se trata, nada menos, que del infierno de las suegras, ese infierno que fué el paraíso para los escritores cómicos del siglo pasado.

Me atrevo a desempolvar el asunto, con la venia indispensable de mis lectores, para comentar ligeramente un caso bastante chusco, ocurrido en Nueva-York.

Hay allí un matrimonio Rousseau que, por lo que dice el telégrafo, mantiene unas relaciones anticordiales, que les obliga a usar la vajilla de acero, para evitarse rupturas costosísimas, si bien la magnitud de los chichones aumenta de este modo, desconsoladoramente. Hay, también, un juez Rosenwasser, que es un hombre bueno, amable y fiel cumplidor de su obligación de poner paz entre sus compatriotas. Este buen juez, ha tenido necesidad, en varias ocasiones, de arreglar diversos incidentes surgidos en el seno de la familia Rousseau. Las intervenciones judiciales aumentaban cada vez más, hasta que llegó una época en que no había semana sin que el paciente Rosenwasser no tuviese que zurcir las voluntades de los desdichados Rousseau.



—UNA.—Y ahora cómo te ganas la vida?  
EL.—Me la gano tocando en los «cines».

Dibujo de GODÍNEZ





—Cabo Pérez, ¿qué l'han hecho ustés al coronel que está tan desgustao?  
 —¿Nosotros? Nada.  
 —Pus esta mañana no hacía más que icir:  
 «Dende hoy ataré todos los cabos.»

Llegaron, éstos, a ser una obsesión para el juez. No dormía tranquilo, ni comía, ni siquiera gozaba de las delicias del hogar, al concebir que alguna vez pudiera llegar al estado del de los Rousseau.

Un día, como otros tantos días, Rosenwasser estaba tan tranquilo en su juzgado, leyendo la prensa, cuando se le presentó Rousseau todo alborotado y nervioso:

—¡No puedo más, señor juez!... ¡No puedo más! Aquí traigo la petición de divorcio.

El juez se quedó con ella y la estudió. El fundamento de la demanda era, que la suegra, no dejaba vivir tranquilo al pobre Rousseau, con su nefasta influencia sobre el hogar que había de deshacerse, porque no pudo ser feliz.

A los pocos días, Rosenwasser, citó a los esposos y a la suegra.

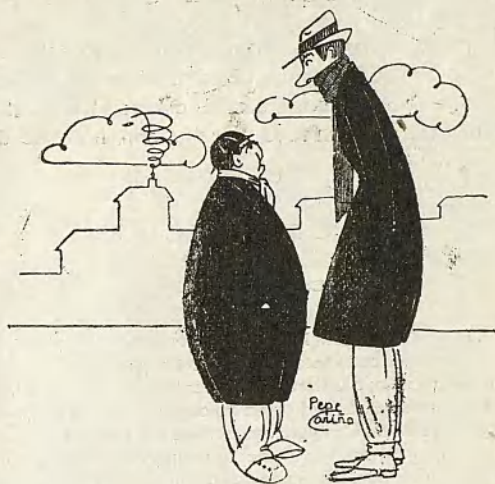
—¿A qué distancia de su hogar vive su señora madre políica? —preguntó a Rousseau.

—A dos millas, próximamente.

El juez meditó varios días y varias noches. Su esposa le oía decir, entre sueños, a altas horas de la madrugada:

—¿Puede llegar la influencia a dos millas?

Y al fin el juez falló, que dos millas constituyen una distancia suficiente para que no corriese peligro la felicidad del matrimonio infernado por la suegra



—Chico, me dan unos golpes de tos, que por las noches vofo en la cama.  
 —¿Y qué tomas?  
 —Pastillas de goma.

Dibujos de CARIÑO

Con esto, Rosenwasser, el pobre juez, se creyó ya tranquilo y respiró satisfecho. Pero a los pocos días, una carta vino a turbar su tranquilidad.

La epístola era de la señora Clara A. Griswold, presidenta de la Liga de suegras, en la que le decía que la Liga publicará, en breve, un importante diario, órgano y defensa de los intereses de la clase. Pero, mientras el periódico sale a la luz, la señora Griswold, enterada del fallo dado por Rosenwasser en el asunto Rousseau, preguntaba al juez: «¿A qué contribuye la influencia de las suegras en los matrimonios, a su felicidad o a su desdicha?»

El juez, se quedó de una pieza cuando leyó semejante pregunta y volvió a sumirse en la más espantosa de las dudas. Reanudó sus meditaciones diurnas y nocturnas, a su mujer comenzó de nuevo a escucharle durante las madrugadas:

—¿La felicidad o la desdicha?

Pero lo cierto es, que los días han pasado y Rosenwasser no se ha atrevido, aún, a dar una respuesta a la carta de la señora Griswold, presidenta de la Liga de suegras. Quien sabe, si por miedo a la suya. Porque ya saben ustedes que en todas partes cuecen habas.

ANTONIO GASCON



## LA ESTOCADA DE LA TARDE

**D**RAMA de los que hacen época (siglo xvi), en verso una décima parte de acto. Representable en cualquier teatro donde estén clavadas las butacas y no se permita la entrada con bombas de mano.

## ACTO ÚNICO

## ESCENA ÚNICA

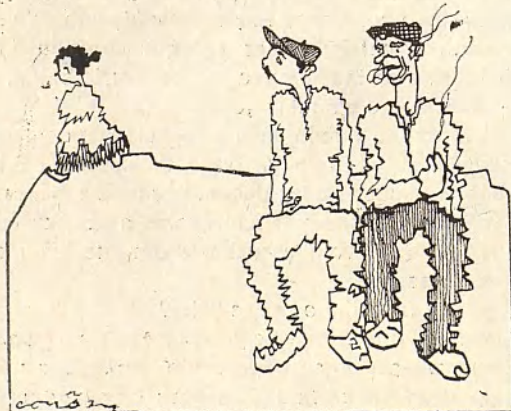
Al levantarse el telón, la escena representará una plaza de cualquier ciudad castellana en el siglo precitado. Al fondo un castillo; a la derecha, primer término, otro castillo, a la izquierda, segundo término otro castillo, en el primero un café. Es Castilla... y estamos en pleno agosto; el sol, si no abrasa, por lo menos lo parece. En segundo término derecha las tapias de un convento, en las que se verá la imagen de un Cristo, que será fiel trasunto del de los alabarderos, porque nos viene de perilla para la acción. A la puerta del café un velador y dos sillas. Sale el Conde de Latare, y dice:

CONDE. Llegué puntual a la cita.  
Y que Emeterio no acuda,  
¡vive el cielo que me irrita  
y hace germinar la duda!  
(Se sienta y toca las palmas.)

CAMARERO. (Saliendo.)

¿Qué vá a ser?

CONDE. Una bo'ita.  
Con este calor se suda.  
(Se abanica con el sombrero.)  
Paréceme que el menguado



—Esa mujer fué un día a declarar en una causa y no daba pié con bola.

—Pues te advierto que se llama Pie-dad.

Dibajo de CONDE

no quiere tomarme en serio,  
Pues por la fuerza o por grado  
ha de ver Don Emeterio  
que el Conde vale un imperio.

(Se abanica.)

¡Qué calor, estoy asado!

(Mirando a la derecha.)

¡Mas; hola! Creo que llega.

Y embozado viene el vivo.

¡A mí ni Dios me la pega!

Me levanto y lo recibo.

(Se levanta, Sale Don Emeterio y se acerca a él.)

CONDE. Don Emeterio, tardáis.

La cita no fué puntual,

y eso Emeterio, está mal,

digáis vos lo que digáis

si presumís de formal.

EMETERIO. Y en ello cifro mi empeño,

mas la causa que tardara

tuvo la culpa un bargueño

que me encargó que comprara

mi padre,

CONDE. ¡Jesús que sueño!

Colocarme tal patraña.

¿Vuestro padre, mueble tal?

¡Pero, si no tiene un real!

EMETERIO. Sí; pero tiene pestaña,

y hoy le ganó a un general

un doblón con mala maña.

Deponed, pues, vuestro enojo,

pues ya me causa sonrojo,

que me tachéis de informal,

porque, conde, está muy mal

que me imprimáis tal baldón.

(Con latiguillo.)

¡Y, además, ojo por ojo!

Acordaros del plantón

que me dísteis en el real

sitio de Torrelodón.

CONDE. Porque me acuerdo,

os aguardo.

Pero mirad que me muerdo

mi mano, que no es bastarda,

cuando el que yo cito tarda

para tomarme por lerdo,

cuando he sido siempre un cardo.

EMETERIO. Puesto que vos lo decís,

vuestras razones tendréis.

¿Qué es de mí lo que «querís»?

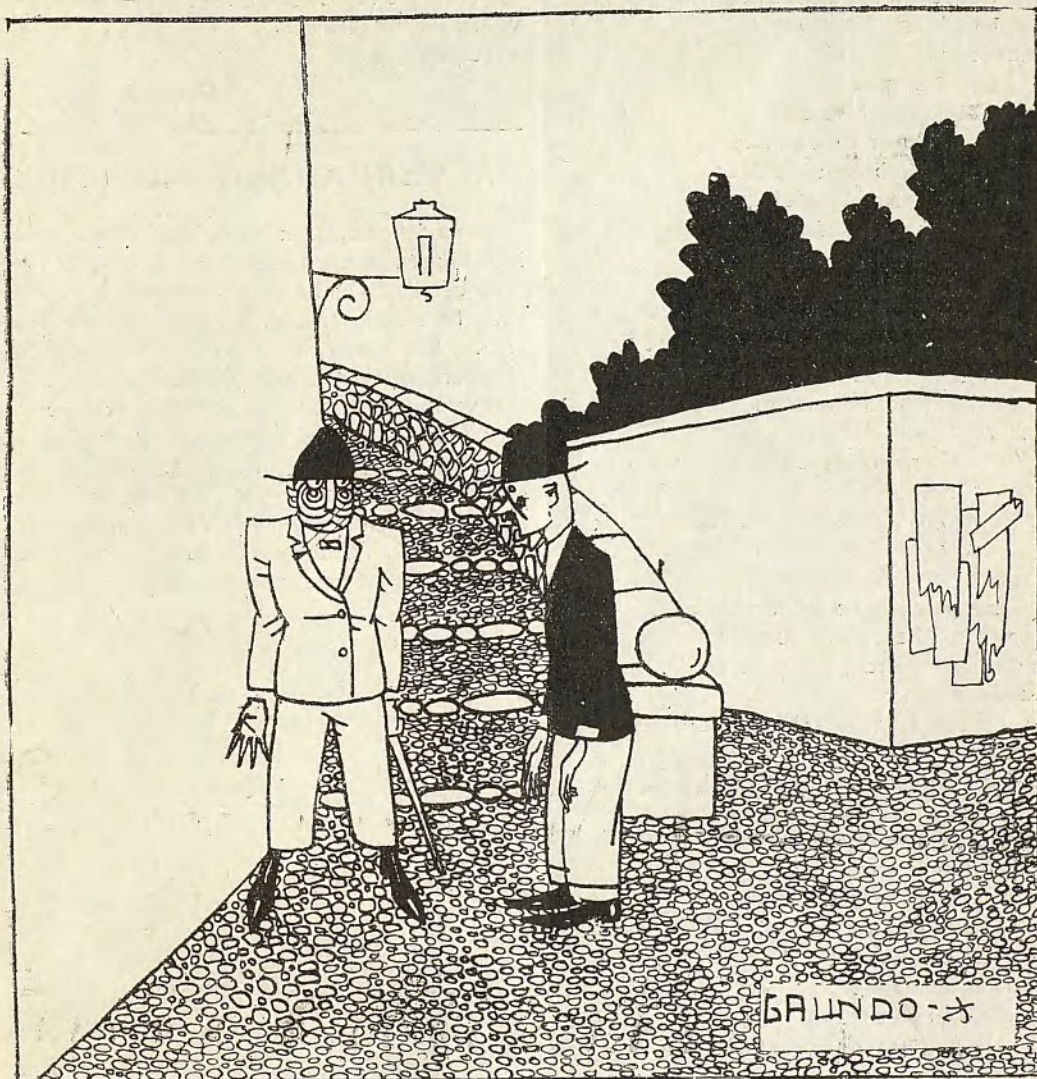
Mejor dicho: ¿Qué queréis?

CONDE. Hablándome persuadido

de que el sitio le poneis

a mi mujer, he querido





—¿Y usted qué hizo cuando le atropelló el automóvil?  
 —Grité hasta pelarme la garganta: «¡Esto es un atropello! ¡Esto es un atropello!

Dibujo de GALINDO

advertiros que perdéis  
 el tiempo en tal bagatela.  
 Que a semejante gacela,  
 ¡y al decirlo me exarcebo!,  
 (Señalándose.)  
 hay un lince que la vela.  
 EMETERIO ¿Por qué no decís un ciervo?  
 CONDE ¡Tal afrenta me inferís!  
 ¡Con la vida no pagáis,  
 lo que de acabar decís!

EMETERIO ¿Por qué, conde, os enfadáis?  
 ¿Lince y ciervo, no es lo mis? (1)  
 CONDE (Riéndose.)  
 ¡Engañarme así queréis!  
 ¡Qué sutileza banal!  
 No os perdono tal error.  
 ¡Emeterio, no sabéis

(1) El «mo», sobra para la consonante; ahora, que el que quiera puede ponerlo.



que tengo premio de honor  
en historia Natural!

(Indignado.)

¿Sabéis que soy un león  
y mofa queréis hacer  
de mi honor y mi cultura?  
Pues os labrais sin querer,  
vuestra propia sepultura,  
o mejor el panteón.

CONDE (Desenvainando la espada.)

Sacad el acero presto,  
porque, sabed, que os detesto  
y soy capaz de mataros,  
y hasta capaz de tirarlos,  
a la calabaza un tiesto.

EMET. (Tirando de hojalata.)

En guardia me ténéis pues.

CONDE (Aparte.)

Como me falle el pinchazo,  
le voy a dar un revés.  
¡Y si no en el espinazo  
tres pares de coces, tres!

(Empiezan a batirse al compás del  
canto de las cigarras; hace un calor  
que tumba.)

EMET. (Que se le viene el sombrero  
a la cara con los saltos.)

Este sombrero me está ancho.

CONDE (Limpiándose el sudor)

¡Jesús, de calor me axfisio!

EMET. (Tirándole una estocada.)

Ésta es escuela de Lanchó.

CONDE (Tirando a su vez.)

Pues estotra es de Afrodisio.

(Sin dejar de batirse.)

Mas, como el calor aprieta,  
pues no hay quien aguante el  
[día;

y como sois un chancleta,  
os propongo una amnistía.  
Para mí fuera un baldón  
que digeran por ahí,  
que sí, que yo os maté aquí,  
mas fué de una insolación.

(Dejan de batirse y se sientan en el  
café.)

Así de beber podemos,  
y después proseguiremos,  
y os partiré el corazón.

(Preguntando.)

¿Emeterio, qué bebemos?

EMET. A mí, tinto con sifón.

(Empiezan a [beber. cojen la gran  
tajada, y se quedan dormidos.)

El público respetará su sueño, pues son dos  
valientes; y a otra cosa.

Telón rapidísimo.

ENRIQUE PASO

## UN VERDADERO SACRIFICIO

VENÍAN del café. Eran periodistas, y no gana-  
ban ni para componerse los zapatos que rom-  
pían corriendo en busca del crimen o del incen-  
dio. El más joven de los cuatro, porque eran  
cuatro, llamábase Luisito Picón. Cualquiera que  
le echase la vista encima diría que contaba vein-  
te o veintidós años, y, sin embargo, eran veinti-  
trés los que acababa de cumplir. Era enclenque  
y paliducho; sus piernas, enfundadas en una  
«cosa» que tenía cierto parecido con unos pan-  
talones, daban la sensación de dos palillos ro-  
bustos; tenía la cabeza tocada (y no con esto  
queremos decir que estuviese loco) con un som-



—Ahora estoy colocada en una tienda de curtidos.  
—¿Y no te da vergüenza trabajar en cueros?

Dibujo de SENRY





—Desde tu lancha «Cibeles», ¿se veía la vía de agua tan grande que hundió al acorazado?

—Sí. Desde la «Cibeles» se veía la «Gran vía...»

Dibujo de LÓPEZ REY

brero bastante mugriento, que era llevado por su dueño con orgullo por haber pertenecido no sabemos si a Romanones o a Enrique Chicote. Zurcido por aquí, remiendo por allá y suciedad por todas partes.

Sus compañeros se cuidaban la ropa algo mejor. A la legua se veía que eran más presumidos.

Habían estado dos o tres horas en el café. De esta forma malgastaban lo poco que les producía su labor periodística. En tabaco, en bebida y en otras cosas. Ya llegando, con los últimos días de mes, el arrepentimiento de lo derrochado.

Poco habla Piconete observó José Regúlez al darse cuenta de un inesperado mutismo por parte de su inseparable Picón.

—Iría enfadado por lo sucedido con Gutiérrez en el café—dijo otro de los amigos.

Era la verdad. No hablaba por eso. Había tenido una fuerte discusión con Gutiérrez, y gracias a varias personas que intervinieron no llegaron a las manos, y, por lo tanto, a las narices. Y Luisito Picón iba pensando y hasta temblando. Verdaderamente, tenía miedo a su viejo amigo y nuevo adversario. La cosa no era para menos. ¡Gutiérrez! Una tontería. Un frontón por espaldas, dos mancos que eran dos mazas de las más respetables, unos músculos que ¡vaya usted con Dios!, y, para acabar, un hombre que abultaba por tres o cuatro Luisitos Picones.

—Di, tú: ¿es por lo de Gutiérrez?—preguntó uno de ellos.

—Por eso y por la cuestión monetaria—dijo por fin Picón—. Día veinte y diez pesetas en el bolsillo para todo lo que queda de mes.

—No hay que apurarse—animó Regúlez—. Ni por lo uno ni por lo otro. Lo del café no ha tenido importancia. Hay que olvidar eso, chico. Demasiado sabía yo que tenía que ocurrir; pero, en fin, ya pasó.

—¡Ah! ¿Tú lo sabías? ¿Y por qué crees que debo olvidarlo?—preguntó irónico Luisito.

—Porque sí. Gutiérrez te tiene unas ganas locas. Estoy seguro de que aprovechará la próxima que le hagas para tratar de pegarte, como esta

noche. Tú lo que debes hacer es alejarte de él como de un miura. Procura no volverle a ver.

—¡Es que yo soy un hombre!—exclamó Picón indignado.

—No me hagas reír, Piconete de mi vida—repuso Regúlez—. Te coge Gutiérrez y no te ve... No me negarás que si te pega un golpe...

—Es que ése a mí no me pega un golpe.

—¿Cómo que no? ¿Estás loco? Ése te pega a ti un golpe. Té apuesto lo que quieras.

—Las diez únicas pesetas que tengo te apuesto a que Gutiérrez no me da un golpe—dijo Luisito muy seriamente.

—De esta manera tendré mañana cuatro duros, que buena falta me hacen.



—Bueno; pues van apostadas. Ahora mismo. Aquí, en manos de Aguilar...

Los dos, Regúlez y Picón, soltaron diez pesetas. Se despidieron: Tres se fueron por un lado y Picón, solo, por otro. Y mientras caminaba, iba reflexionando: «Verdaderamente, diez pesetas bien merecen un sacrificio.»

\* \* \*

A la mañana siguiente Picón vió a Gutiérrez. Tuvo unas palabrejas con él; pero nada más. Por la tarde se reunió con sus amigos en el café, como de costumbre. Les hizo compañía unos momentos, y se marchó. Antes de marcharse, naturalmente, les habló así:

—Voy a buscar a Gutiérrez. Sé adónde está y me encuentro dispuesto a todo. Esperadme aquí, que volveré lo antes posible. Buenas tardes.

—Buena suerte —le contestaron todos, sonriendo.

Pasaron cinco, diez, hasta veinte minutos, y a los veinte minutos justos giró la puerta giratoria y apareció la escuálida figura de Luisito Picón. Su aparición en la sala fué acogida con carcajadas sonoras.

¡Pobre Luisito! Trafa un ojo de luto y en una



—¡Don Juan, zalga a ercena!

—¡Pero si no tengo malla!

—No importa. ¡Zalga enzeguía, porque er público ze impaciente!

Dibujo de LÓPEZ REY

oreja un porrazo de alivio. Su nariz, igual que la boca, se la ocultaba un pañuelo empapado en sangre. En la mano traía algo escondido que, al llegar a la mesa de los contertulios, descubrió. Eran tres dientes y una muela, algo cariada por cierto.

—¡Gané la apuesta! —exclamó entre carcajadas Pepe Regúlez.

—¡Alto ahí! —pudo hablar Picón—. La gané yo.

—Pero, ¿sabes lo que dices? —gritaron todos.

—Te aposté diez pesetas a que no me daba un golpe...

—¿Y qué? —preguntó, riendo aún, Regúlez.

—Pues que me ha dado siete.

M. L. MEGÍA Y MONTERO

## LA APUESTA GANADA

EN la taberna del pueblo de Valdemostillo, lugar célebre por el nítido intelecto de sus habitantes, se discutía acaloradamente. El tío Malange reía moviendo su descomunal abdomen, mientras se enguñía al colete una botella de un vinillo muy sabroso. A su lado conversaban el «Pelao» y el «Tufos», los mozos más cañís del contorno, sobre una apuesta que hizo el primero al segundo un tanto original, y era que se apostaba el gaznate, la epidermis, la bilis, y no sé cuantas cosas más, a que pasaba media arroba de vino por los consumos sin pagar un céntimo al recaudador.

Se apostaron una merienda, y el tío Malange sirvió de intermediario entre ambos.

Efectivamente: al día que siguió a la noche del día en que hicieron la apuesta, salieron de Valdemostillo los tres hombres, llevando el «Pelao» una bota llena de vino. Llegaron a los consumos, y al pretender pasar, el recaudador les manifestó que no se podía pasar sin previo pago de la prima estipulada.

El tío Malange y el «Tufos» reían ya viendo el fracaso de su amigo; pero éste, echándoles una mirada provocativa, exclamó dirigiéndose al recaudador: «Yo le apuesto también a usted lo que quiera. que paso el vino en sus propias narices sin pagarle nada», y como todos se rieron, cogió la bota, y poco a poco se bebió todo el contenido, y pasó por entre el recaudador y los amigos llevando el vino en la barriga y sin pagar nada; mientras el «Tufos» pataleaba por lo chusco de la ocurrencia y porque tenía que pagar la merienda.

FEDERICO TORRES



## FOOT - BALL

## EL MUNDO EN PELOTA

Origen del foot-ball.

QUIÉN ha dicho que el fut-bol le han inventado los ingleses? ¡¡Mentira!!

El fut-bol no tiene de inglés más que el nombre. ¡Palabra! Y ya puesto en este disparadero, les voy a contar a ustedes quiénes fueron los inventores del balompié.

En el año 1127, antes de la venia de la era Sacra, existía muy cerca de lo que es ahora Pozuelo, una magnífica ciudad cosmopolita, que si no recordamos mal, se llamaba Pathadayra. En esta ciudad magna, en la que sus dominios incommensurables estaban cercados por grandes murallas merovingias vigiladas por guerreros valerosos, vivía una familia constituida por un matrimonio con dos gallardos varones, dos gatos, tres perros y una kekatuva.

Esta familia era ibera, y los hijos se llamaban por los bellos nombres de Orsay y Empathe. Ambos varones, de esclarecido intelecto, habían inventado varias maravillas, entre las que descuella la catapulta, el berro santo y las esclavinas de los distinguidos guardias de esta muy ilustre villa del polvo y del microbio.

Un día fabricando una de las afamadas esclavinas, se le ocurrió a Empathe una idea genial. Tenían un huerto lozano en el que se criaban frutas sabrosas, pero entre todas descollaban unas sandías, célebres en toda la ciudad por su descomunal tamaño y dureza. Sabedores ambos que al día siguiente se debía celebrar una batalla entre los pathadayranos y los hotentonianos, habitantes estos últimos del país de Hotentonia, lindante al de Pathadayra, por divergencias entre los monarcas de las dos ciudades, se le ocurrió a Empathe, como ya he dicho, la genial idea de sacar cuidadosamente el contenido de las sandías rellenas de piedras, y dar as el sonoro sonido de sandipiés.

Efectivamente, al día siguiente ambos monarcas se entrevistaron para concertar la forma de pelear. Por aquel entonces no se conocían más que tres clases de peleas: a golpe seco (boxe moderna), a luchas y palos (imitación a una huelga madrileña), y a patadas y mordiscos (imitación a la moderna toma de un tranvía en domingo).

El monarca pathadayrano, conocedor del invento de Orsay y Empathe, exclamó con tono solemne: «Odiado rival, el combate se ha de celebrar con el invento moderno de sandipiés.» Le explicó la maravilla y quedaron de acuerdo, pero siendo condición que tenían que tirar el arma con los pies a la cabeza del adversario.

Después del toque de empuje (semejante al pito del árbitro), una lluvia de proyectiles volaban por los espacios, cayendo con estrépito desahacendo cerebelos y dejando cadáveres a todo

el que pillaba. Dos minutos después no quedaban de los dos pueblos rivales más que un montón de carne inerte con incrustaciones de piedras sandiarias. (Vaya frase.)

Un joven pathadayrano que por casualidad quedó con vida, corrió por todo el mundo enseñando a los pueblos a combatir con sandipiés. Pero cada generación los fué haciendo más perfeccionados, y, por lo tanto, más débiles e inofensivos, de modo que lo antes sirvió para causar muerte, servía entonces para diversión.

Corrieron los tiempos con marcha veloz, y ya nadie se volvió a acordar del céebre invento,

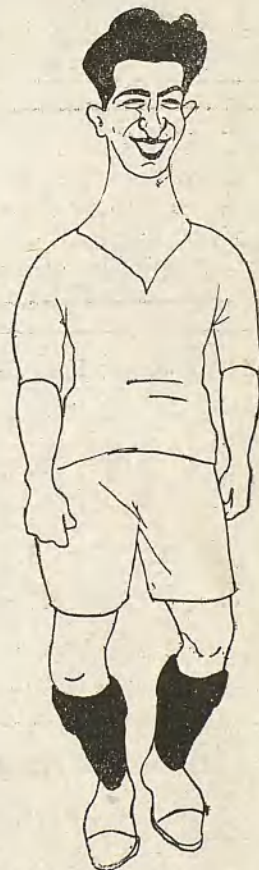
causa de tantos males, hasta que llegó Colón al mundo y descubrió la América. Y al apoderarse los ingleses del norte de nuestro Continente, vieron con asombro que sus habitantes jugaban a un juego raro que lo llamaban el juego de los sandipiés, y cuando volvieron a Inglaterra implantaron el antiguo juego poniéndole un nombre inglés.

Para que no crean ustedes que no es veraz lo que les cuento, vayan ustedes al Afganistán, que según he oído, en el museo de Ciencias Anticuarías se conserva, todavía, un sandipiés.

Y ahora, yo, protesto en nombre de todos los españoles, a que digan los ingleses que el fut-bol es invención suya, cuando es un juego español hasta la medula de los huesos.

## POCHOLO

En las ruinas de Pathadayra (Pozuelo), 25 de noviembre de 1923.



Este que aquí veis, de nariz más o menos aguilina, de labios más o menos caídos, de risa franca, de mirar gracioso y de piernas más curvadas que una carretera de tercera, es el formidable Monjardén, que con tantos «discutidores» cuenta.



# CUPÓN NÚMERO

## 41

Para acompañar a todo piropo, trabajo literario o dibujo, sin cuyo requisito no será admitido.  
(Este cupón sirve para un solo trabajo.)

Se han puesto a la venta las magníficas tapas en tela, con estampaciones de oro, para encuadernar el primer semestre de LA RISA, al precio de **DOS PESETAS**.

El semestre, completamente encuadernado con estas tapas, vale **CUATRO** pesetas.

Se encuadernan en el acto.

Se envían a provincias remitiendo el importe anticipado en giro postal o selos de correos, añadiendo 0,60 pesetas para gastos de envío certificado.

## TEÓFILO CÁMARA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN BILBAO  
DE LA RISA, PANCHO KOLATE y  
Biblioteca de LA RISA  
:: :: Solvencia metálica. :: ::

Lea usted todos los domingos la gran  
revista infantil

## PANCHO KOLATE

VEINTE CÉNTIMOS

Historietas, cuentos, aventuras, concursos,  
regalos, etc.

## ¡GRAMOFONISTAS!

MAGNÍFICOS ALBUMS PARA COLECCIONAR LOS DISCOS DE GRAMÓFONOS. MUY PRÁCTICOS



Venta en — CASAS DE APARATOS DE  
TODA ESPAÑA Y PLAZA  
DEL CONDE DE BARAJAS, 5.—MADRID

En la Administración de **LA RISA**  
SE ADMITEN ANUNCIOS  
- A ESTE TAMAÑO A -  
**CINCO PESETAS**

TAPAS PARA ENCUADERNAR  
EL PRIMER SEMESTRE DE

**LA RISA**

SE ENCUADERNA EN EL ACTO  
TODO CUATRO PESETAS

Regalo a nuestros nuevos

◊ ◊ ◊ suscriptores ◊ ◊ ◊

LA RISA, respondiendo al favor constante del público, y para atender a las numerosas peticiones de números atrasados que se le hacen, ha puesto a disposición de sus regocijantes lectores

Varias colecciones de LA RISA

que regalará a los nuevos suscriptores que, a partir del presente mes, abonen la suscripción de un año, cuyo importe es de 15,60 pesetas para los de Madrid, provincias, y América, y de 19,20 para los del Extranjero

Quedan muy pocas.

: TALLERES DE ENCUADERNACIÓN :  
= VIUDA DE YAGÜES =

MONTADO CON TODOS LOS ADELANTOS  
PARA LA ENCUADERNACIÓN DE GRANDES  
EDICIONES :: PRECIOS SIN COMPETENCIA

PLAZA CONDE DE BARAJAS, 5 TELÉF. 44-99 M.  
:: :: MADRID :: ::





# A VUELTA DE CORREO



No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia particular ni conversación acerca de ellos. De la admisión o exclusión de los mismos se dará cuenta exclusivamente en esta sección.

Se ruega a los colaboradores espontáneos hagan constar en los originales que envíen si son para LA RISA o para PANCHOLATE.

Los autores son los únicos responsables de sus trabajos.

**A. Gamero.**—¡Júrenos usted ahora mismo que es una mujer! Se publicará su trabajo en seguida, y esto quiere decir que se saltará todos los muchísimos que tiene delante; desde luego que admitimos su colaboración; pero... (la íbamos a llamar preciosa; pero no... por si acaso...) ¿Será usted mujer? ¡Que, a lo mejor, es usted un pollo! Ante su carta, regada de agua de Lozoya, que usted dice lágrimas, sentimos que la duda nos envuelve. Pero no pensamos publicarle nada más hasta que *usted misma* nos visite (los lunes, de cinco a ocho; pero usted venga cualquier día, menos los sábados), o nos demuestre que, en efecto, es usted una señorita. Si pertenece usted al anti-bello sexo, díga-lo, que de todas maneras, si es su gusto, usted publicará con el nombre y apellido que hasta ahora concebimos. Lo que deseamos (¡somos tan soñadores!) es no tener ocasión de planear aventuras.

Si usted nos dice que es un hijo de Adán, pues nada. ¡Tenemos tantas ganas de *aventurar* con alguna lectora o colaboradora! Pero que no sea como una nena de Sevilla, que nos ha resultado luego un vulgarísimo empleado de Correos. Somos guapos, no tanto como Alvaro Retana; pero lo somos. La vida es un continuado ronquido, Angélica. Perdónenos.

La sonrisita que nos ha enviado, con el permiso de su papá, nos la hemos comido. ¿Que

es usted impaciente? Pues mejor. A nosotros nos gustan así: impacientísimas y románticas; como usted dice ser, también. Nos gustan las rubias y las morenas. Las castañas nos hacen daño, pero las tragamos.

Ea, pues, con Dios. Hasta luego.

**M. Navarra.** Barcelona.—De las condiciones ya hemos hablado mil veces; y, aunque no va por usted, hay quien debía pagar por publicar. Aquí se pagan todos los trabajos solicitados. Resulta un poco doloroso, que el «primer» artículo, que muchas veces se publica por complacer, por animar, venga con la idea del interés «peseteril»...

¡Qué dejarán para cuando les soliciten los trabajos! Va uno. Buenas noches.

**Martínez Higuera.**—Bien. Envíe otra cosa, pues algo de eso ya se ha publicado.

**A. N. Madrid.**—Sí, señor. Se abonan los trabajos publicados. Pero tenga en cuenta que (aquí pagamos muy bien) hay que apretar mucho ¡Que no es tan fácil eso de chupar del bote e ir rodeado de firmas prestigiosas como lo son las de nuestros colaboradores!

**X. Madrid.**—Le voy a complacer, pimpollo. Belda, hablando (¡y no digo nada, escribiendo!), es de una amenidad, que da gustito. Retana...; bueno, Retana, es delicioso, y hablando, parece que no tiene abuela, que alabe su belleza. Bonnat. ., Bonnat, es, además de un poco barrigudo, el verdadero escritor tratable. Ramírez Angel, además de buen escritor, es «buenisma» persona, y Esteso..., Esteso (¡«salao»!), es el autor de *El crimen de Cuenca*. ¿Complacido?

**Justo M. L.**—No puedo contestarle ahora. Me estoy peinando.

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

### Madrid, provincias y América.

	Pesetas.
Trimestre.....	3,60
Semestre.....	7,20
Año.....	14,40

### Extranjero.

Unión postal.	Pesetas
Trimestre.....	4,80
Semestre.....	9,60
Año.....	19,20

Las suscripciones empezarán con el primer número de cada mes.

Los suscriptores tendrán derecho, sin aumento de precio, a los números extraordinarios que pueda publicar LA RISA.

**Dirijase toda la correspondencia al apartado 7.002.**



# LA RISA



## LÓGICA

- ¡Pero, oye! ¿Porqué has firado el décimo?  
—¡«Anda» «éste»! Pues «pa» ver si cae.

Ayuntamiento de Madrid

Dibujo de LIMENDOUX.